

AUGUSTO CRESTANELLO

Presbítero Salesiano

VIDA

DE

LAURA VICUÑA

Alumna de las Hijas de María Auxiliadora

é Hija de María Inmaculada



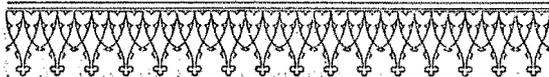
SANTIAGO

ESCUELA TIP. «GRATITUD NACIONAL»

1911

1-1804

ES PROPIEDAD



A las Hijas de María Inmaculada

Queridas Niñas:

Al presentaros este pequeño opúsculo, os ofrezco unos apuntes sobre la vida edificante que llevó una hija de María Inmaculada, la pequeña Laura Vicuña.

Ya desde los primeros meses después de su muerte, varias personas que la conocieron, me pidieron que escribiera algo sobre su ejemplar conducta. Mas sin saberme explicar el por qué, dejé pasar tan largo tiempo sin dar manos á la obra, y satisfacer á los admiradores de las virtudes de Laura.

Ahora, empero, habiendo sido solicitado nuevamente y con mayores instancias, me

Con permiso de la Autoridad Eclesiástica.

decidí; movido, además, por el deseo de presentaros un ejemplo de virtud que puede ser imitado por todos.

Para eso, quise preguntar é informarme primero por varias de sus discípulas, y por otras personas que conocieron á Laura, recogiendo todos los datos posibles: datos, relaciones y juicios que tengo en mi poder, y que yo no hice nada más que ordenarlos y darles forma.

Así es, que cuanto leeréis en este pequeño libro, no es otra cosa que lo expuesto por las que tuvieron la dicha de vivir con Laura, de tratar con ella personalmente y de gozar de su tierna amistad.

Vosotras, pues, recoged de este pequeño libro todo lo que de más precioso encontréis, pues espero no dejará de seros de grande aprovechamiento.

La Sma. Virgen Inmaculada nos bendiga, y nos defienda de nuestros enemigos. Mientras tanto nosotros cobijados bajo su maternal manto, á imitación de la virtuosa

Laura, esforcémonos en ser en todo tiempo y lugar de buen ejemplo y de animación á todos con nuestra conducta, al par que fervorosos devotos de María.

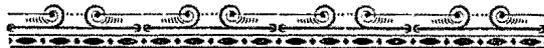


PROTESTA

Para obedecer á los decretos del Papa Urbano VIII, protesto que á cuanto se expone de extraordinario en este pequeño libro no pretendo se le dé otra fé que aquella que se suele dar á cualquiera historia fundada en la simple autoridad humana, y que al hacer uso del título de santa, no entiendo usarlo sino según la costumbre y las opiniones de los hombres, exceptuando aquellas cosas ó personas que están ya aprobadas por la Santa Sede Apostólica.

Junín. Enero de 1910.

Augusto Crestanello, S. S.



I.

Nacimiento é infancia.

En la ciudad de Santiago, capital de la República de Chile, á los 5 días del mes de Abril del año 1891, nacía la pequeña Laura Vicuña, hija de don Domingo Vicuña y de doña Mercedes Pino.

A los pocos días de su nacimiento le fué administrado el santo Bautismo, queriendo Dios tomar posesión, con su divina gracia y lo más pronto posible, de aquel tierno corazón, purificarlo y hacerlo suyo.

Contaba apenas un año y medio cuando se enfermó de gravedad; y tan grandes eran los dolores que padecía, que inspiraba la más tierna compasión á cuantos la veían. Sólo ella tranquila y serena sufríalo todo sin queja.

Muy poco molestaba; de manera que eran dignas de admiración la paciencia y fortaleza de tan tierna niña.

Finalmente, después de largas congojas y penas de parte de los padres, y de mucho sufrimiento de parte de la pequeña Laura, Dios tuvo á bien devolverle la salud. Con tal prueba parece que nuestra Laura comprendió que de este gran tesoro no debía abusar, ni servirse de él para gastarle en goces y diversiones que fuesen de desagrado ó de ofensa á Aquel que en su bondad acababa de devolvérselo.

«Mi querida hija, dijo su madre, jamás me dió un disgusto; desde sus primeros años fué siempre obediente y sosegada». Estas pocas palabras compendian los primeros años de Laura.

Ella nunca se dejó llevar del entusiasmo general y propio de la niñez para las diversiones. Tomaba, sí, sus horas de descanso y de recreo, siempre empero, con moderación y con la debida licencia de su madre, dejándolo todo á la primera señal que ésta le hiciera para que volviese á ocuparse en algo según sus fuerzas y capacidad.

Con este tenor de vida iba creciendo Laura, dando á sus compañeritas un continuo y hermoso ejemplo.

De Chile, su patria, pasó la señora Pino

á vivir en la Argentina, en el Territorio del Neuquén. Este cambio en nada alteró la conducta de la pequeña Laura, antes bien, ya en Ñorquín como en Las Lajas, lugares en que demoró algún tiempo, dejó muy buenos recuerdos en los que la conocieron. Ella también recordaba siempre con cariño las nuevas amistades que había contraído en aquellos parajes, y gustaba hablar de las más virtuosas.

Contaba unos nueve años de edad cuando de Las Lajas pasó á vivir en los alrededores de Junín de los Andes, donde Dios tenía preparado cuanto deseaba su tierno corazón tan ávido de todo lo bueno.

Y allá como donde quiera que fuese, era de gran ejemplo su virtud acrisolada.

II.

Entra en el Colegio de María Auxiliadora.

Su carácter.—Su adelanto en general.

Un año hacía que en Junín de los Andes, las Hijas de María Auxiliadora habían abierto un colegio para atender á la educación de las niñas. No obstante lo reducido del pueblo y el poco aprecio que

los padres hacían de la educación de sus hijos, la asistencia de educandas era regular.

Ya iba á comenzar el segundo año escolar, y la señora Pino, deseosa de dar una buena y sana educación á sus dos hijas Laura y Julia, quiso ponerlas como pupilas en el colegio de dichas religiosas.

Esto fué de gran júbilo para Laura. No cabía en sí de alegría.

Su misma madre se maravillaba al ver tantas demostraciones exteriores de contento en su Laura, muy contrarias á su acostumbrada moderación.

¿Era que su tierno corazón presentía la felicidad que habría encontrado en aquel lugar? Ella misma, como más tarde lo manifestó á una persona de su confianza, ella misma no podía comprender entonces, ni explicarse tanta alegría. «Pero, lo cierto es que yo gozaba. El Niño Jesús debía estar contento de la resolución de mamá, y me tenía contenta á mi también».

El día 14 de Febrero de 1900, entraban, pues, las dos hermanitas como pupilas en el colegio de Maria Auxiliadora.

Muy pronto las Hermanas se dieron

cuenta de la virtud de la pequeña Laura. Su carácter sosegado, sus modales sencillos y modestos, su afabilidad y dulzura en el trato, revelaron al punto la índole candorosa é inocente de la nueva pupila, de manera que luego fué apreciada y querida.

Desde las primeras lecciones de Catecismo demostró un grandísimo interés por aprender aquellas grandes verdades y sentíase movida por el ardiente deseo de practicar cuanto oía.

Si antes de entrar en el colegio, su conducta, como manifestó su madre, y como ya hemos dicho, siempre fué edificante, desde que empezó á tratar con las Hermanas y á conocer mejor las cosas de Dios, aumentó en bondad y delicadeza.

«He sido y soy muy mala, solía decir, mas desde ahora en adelante quiero ser muy buena». Y se esforzaba para serlo.

Es propio de la niñez el entusiasmarse facilmente y hacer luego grandes propósitos. Mas al mismo tiempo es también propio de ella el olvidarse luego de sus promesas, y caer con facilidad en los acostumbrados defectos, no por mala vo-

luntad, sino por irreflexión, no por malicia sino por falta de carácter. Este no está aún formado, y he aquí la causa ordinaria de las faltas en los pequeñuelos.

Y si muy pronto se olvidan del mal que reciben de otro, pronto también olvidan lo bueno que prometen. Esta ligereza es muy general en los niños, y de ordinario los excusa de culpabilidad ó la atenúa. No obstante no se debe descuidar esa debilidad, sino que, para que sea fructuosa la educación, es necesario insistir con mucha paciencia y firmeza en combatirla. Hay, pues, que hacerles comprender las ventajas de la reflexión, los inconvenientes de la ligereza é incensideración.

Es preciso hacerles conocer los daños y las malas consecuencias que acarrea un proceder atolondrado, y cuán necesario es el no dejarse llevar desordenadamente por el entusiasmo, como el no acobardarse á las primeras dificultades. Haciéndolo así, se logra formar en esos tiernos corazones un carácter varonil, recto y santo.

Pues bien, todo esto parece que en Laura estaba ya hecho; porque no se veía en ella ese afán de prometer y tomar reso-

luciones y luego no pensar más en ellas. Si alguna vez, por su corta edad, no acertaba en la elección de los medios necesarios para llevar á cabo sus aspiraciones y buenos deseos, buscaba luego quien pudiera y supiera indicárselos.

Con humildad y sencillez preguntaba cómo se podía, ó lo que se debía hacer para practicar esa ó esotra virtud, ó para cumplir con ese ó esotro deber. Este era su acostumbrado proceder en todo.

Hermosa costumbre que nos revela á un alma interesada por su propia perfección, y deseosa de conocer y aprender todo cuanto le es necesario para alcanzarla.

En efecto, de los registros escolares, en las clasificaciones que la pequeña Laura obtuvo, ya por el estudio, ya por las labores, se nota que por su aplicación ha sido siempre una de las más aventajadas alumnas de aquellos años; especialmente en Religión y en conducta, fué siempre sobresaliente.

En ese año, pues, el colegio de María Auxiliadora estuvo de parabienes con tener de interna á esta niña angelical. Pero más lo estuvo la pequeña Laura, pues en



él aprendió á conocer mejor á Dios y á amarle con más perfección.

Estos mismos adelantos, y el amor hacia su Dios fueron los que la animaron á efectuar un gran sacrificio.

Ya se había acostumbrado á vivir cerca de Jesús. Había tomado una cariñosa afición á esa vida sosegada y llena de paz que toda alma pura encuentra en los colegios religiosos. Para ella el colegio era un nido tan amable que jamás hubiera querido dejar. Sin embargo había llegado el tiempo de las vacaciones, y la señora Pino deseaba pasarlo en compañía de sus dos hijas.

Era preciso salir del colegio y volver á la casa materna: lo que importaba para Laura un verdadero sacrificio.

Amaba mucho á su madre, mas la vida que había pasado durante nueve meses con las Hermanas, y con tantas comodidades para su piedad, tenía muy prendado su corazón, de manera que, lo que para muchas de sus compañeras era motivo de gozo y alegría, para Laura era una pena.

«¡Ah, decía, tengo que dejar el colegio y volver á la casa!» ¡Quién me diera po-

der quedarme! No es posible. Pues bien, hágase la voluntad de Dios. Una cosa alivia mi pena, y es que allá también podré entretenerme con Jesús. Sí, le haré compañía. No dejaré mis oraciones, y durante el día le visitaré, aunque sea con el pensamiento, en su Iglesia».

Con estos propósitos se preparaba Laura para las vacaciones; y así disponíase para poner por obra en su casa, lo que había aprendido en el colegio. Efectivamente lo hizo, dejando en él y en todos los que la trataron, gratos recuerdos de virtud y piedad.

III.

Vuelve al Colegio. —Hace la primera Comunión.
Su fervor y propósitos.

Si hay tiempo fugaz para los niños, y que se desliza con la rapidez del relámpago, es, por cierto, el tiempo de las vacaciones. Por largas que sean, las hallan siempre cortas.

La reapertura de las clases, es lo que más los affige y conturba. A su espíritu vivo y ardiente, nada puede agradar más



que las diversiones, los juegos, las excursiones y pasatiempos. He aquí toda la felicidad de los pequeñuelos.

El sosiego, la aplicación son para ellos pesadas cruces.

Todo lo contrario pasaba en nuestra pequeña Laura, no porque no fuese ella de un espíritu alegre, pues lo era, y de muy buena gana tomaba parte á los recreos y diversiones, aun á las más entusiastas, pero, inocentes; y en ellas se portaba siempre con mucha gracia y moderación.

Mas, fuese que esto no le era posible en su casa, ó fuese porque el ambiente no estaba perfumado de aquella pureza que ella tanto amaba, lo cierto es, que cuando su madre la avisó que ya era tiempo de volver al colegio, su espíritu y su corazón se llenaron de un gozo indecible. Regresaba, como ella decía, á su *Paraiso*.

Al día siguiente de su llegada al colegio acercóse al tribunal de la Penitencia á purificar su alma, y á fortalecer su espíritu y dar comienzo, con este gran acto, al nuevo año escolar.

Al poco tiempo de su estadía en el colegio, se le anunció que pronto habría

hecho su primera Comunión, y que se preparase para ese dichoso día.

Al recibir tan dulce é inesperado anuncio, dos lágrimas de gozo y de ternura brotaron de sus ojos, que bañaron su inflamado rostro; y fué tan grande su alegría que no pudo formular palabra.

Desde ese momento dióse con más empeño al estudio del Catecismo, y muy en particular de lo que concierne á la Confesión y á la santa Comunión. De un modo especial se propuso una conducta más delicada y virtuosa, la práctica de todas las virtudes, y el conocimiento de lo que es necesario saber para ese gran acto.

Ya había aprendido hacer presente á Jesús Sacramentado sus penas y sus alegrías. Ella juzgó con gran acierto ser la mejor preparación adelantar en la virtud.

Siempre había sido obediente, sumisa, humilde y afable, pero después de esa resolución, se le notaba, en todo, algo de más perfecto. Mas diligencia en cumplir con sus deberes, y más recogimiento y fervor en sus prácticas de piedad.

Las preferidas fueron: conservarse en

la presencia de Dios, sirviéndose para ello de frecuentes y fervorosas jaculatorias, de buenos pensamientos y de santas conversaciones, especialmente sobre el amor de Jesús Sacramentado.

Otra, la frecuencia de la Confesión.

Su mayor deseo y anhelo era guardar su alma siempre pura y limpia, y por eso no había para Laura dicha mayor que la de acercarse al tribunal de la Penitencia á recibir la Sacramental absolución. Cuando se levantaba del confesonario, llevaba pintada en su rostro la alegría y el gozo que la inundaban.

Ya iba á llegar el 31 de Mayo, día señalado para su primera Comuni3n.

Por la tarde del día 30 llegaba al pueblo la señora Pino, para asistir á la ceremonia del día siguiente y participar de la dicha y felicidad de su querida Laura.

Aquella misma tarde la niña se confesó, y vuelta al colegio y pasado al locutorio donde estaba su madre esperándola, tiernamente conmovida, arrojóse entre sus brazos diciéndole: «Mamá, mañana haré mi primera Comuni3n, perdóneme Ud. todos los disgustos y todas las molestias que hasta ahora le he causado. He sido

mala, perdón mamá, en adelante seré el consuelo de su corazón. Sí, esto es lo que pediré con fervor á Jesús, y también mucho por Ud».

Con tan afectuoso y humilde proceder, la madre se enterneció. Imprimióle un tierno beso en la frente, mientras de sus ojos escapábase una lágrima.

No paró aquí escena tan conmovedora: allí presente estaba la directora del colegio, que para ella era su segunda madre. La niña desprendiéndose de su mamá, se arrojó á los pies de la directora, y con la misma conmoción y humildad, pidióle perdón de los disgustos que le había ocasionado con su conducta, prometiéndole un comportamiento intachable en lo porvenir.

Ambas consolaron á la pequeña arrepentida, haciéndole comprender que lo pasado estaba perdonado y se encomendaban á sus fervorosas oraciones. Ya se puede imaginar la alegría de Laura. Se entretuvo con expansión y angélica jovialidad con ellas.

Finalmente despuntó el día tan ansiosamente esperado.

Vestida de blanco, coronada su frente

con una corona de blancas rosas, llegaba nuestra pequeñuela á la iglesia.

Su gravedad, su modestia, su porte sencillo, atraieron luego las miradas de todos los que se hallaban presentes. Ella, empero, después de haber pasado al confesonario á pedir una vez más la bendición á su confesor, toda recogida, fuése á su reclinatorio, de donde con extraordinario fervor, asistió á la santa Misa.

¿Y cómo no debía de ser así, después de preparación tan esmerada?

¡Oh, cuán bien dispuesta estaba para recibir á Jesús en su tierno corazón!

Quien la hubiera contemplado de cerca, podía leer en su semblante el deseo ardiente de comulgar que la abrasaba.

Finalmente su corazón y su alma pudieron satisfacer sus aspiraciones.

Comulgó. Retirada á su lugar, inclinó su coronada cabecita quedando sumida en dulce coloquio con Jesús.

Cuando más tarde se le recordaban aquellos preciosos momentos, su rostro y sus ojos se inflamaban de amor y se llenaban de alegría. Parecía que su corazón gustara de nuevo lo que en aquellos instantes había experimentado.

«¡Ah, exclamaba, qué momentos aquellos, tan deliciosos!... Unida con Jesús, me acordé de todos. Le pedí su divina gracia. No me olvidé de nadie».

Ya muchas veces se había ofrecido á Dios, mas en ese primer encuentro con su divino Amor Sacramentado, con nuevos y fervorosos propósitos puso como el sello á todas sus promesas anteriores, y trazóse el plan general de su vida en lo porvenir. Vida de amor, de mortificación y de sacrificio: esto es lo que encierran los tres grandes propósitos de su primera Comunión.

El primero fué la entrega total de su alma, de su corazón y de todo su sér á Jesús, con la promesa de no querer jamás amar y servir sino á El solo, por todos los días de su vida.

El segundo: preferir antes la muerte que ofenderle con el pecado mortal.

El tercero: ansiosa como estaba de que Dios fuese conocido, amado y servido por todos, se propuso hacer de su parte cuanto pudiera para propagar su conocimiento y amor, y reparar las grandes ofensas que diariamente recibe de los hombres.

Con tales disposiciones no hay que extrañar, si esta niña en su corta vida, adelantó tanto en las virtudes, que dejó en pos de sí un grato perfume de santidad.

Hizo santamente su primera Comunión y esto lo explica todo.

¡Oh! el recuerdo de ese día será siempre un gran estímulo á bien obrar, y un poderoso aguijón que despertará al alma caída en pecado! Las impresiones experimentadas en esa primera visita del Redentor, jamás se borran, y ellas harán rejuvenecer el espíritu y el corazón á su tiempo.

De un niño, que haga bien su primera Comunión, se pueden esperar grandes cosas. Es casi imposible que el vicio lo domine hasta la tumba.

Con cuanto interés, pues, deben procurar los padres que sus hijos se preparen bien para esta acción tan importante. ¡Cuántas responsabilidades, por otra parte, pesan sobre su conciencia si se descuidan!

Padres y madres, no privéis á vuestros hijos de un tesoro tan grande. Dejad toda preocupación de edad, de fecha y de otros fútiles motivos, procurad que esos tiernos corazones se acerquen cuanto antes á Jesús, le reciban y se unan con El.

Cuanto más pronto, tanto mejor.

No queráis ser vosotros los jueces en un asunto de tanta importancia y delicadeza. Dejad la decisión al juicio del confesor. La misma santa Iglesia lo enseña así. ¿Y por qué? Porque nadie mejor que el confesor puede juzgar de las disposiciones que tiene un niño, para realizar esa íntima unión con su Dios, su Creador y Redentor.

Cuando el confesor cree conveniente admitir á alguno de vuestros pequeñuelos á la santa Comunión, no hay razón para diferirla.

Además, ¿quién sabe que dominio puede tomar el demonio, durante esa demora, del corazón de aquel que tanto amáis? y, ¿quién sabe cuánta fuerza y arrogancia pueden tomar las malas inclinaciones en aquel corazón, que en el entusiasmo de vuestro amor paternal llamáis vuestro tesoro?

Corresponded á la tierna y amorosa invitación que Jesús os hace referente á los mismos: «Dejad que los niños vengán á mí, de ellos es el Reino de los cielos».

¡A Jesús, pues, á Jesús vuestros pequeñuelos!

IV.

Su aspiración á la vida religiosa.

Es aceptada en Colegio por cinco años.

Nuevas resoluciones.

Fiel á las promesas que había hecho en su primera Comunión, la pequeña Laura, no dejaba pasar ocasión sin cumplir con ellas. De manera que desde esa época tan dichosa se iba notando un verdadero y sólido adelanto.

Su deseoera de consagrarse á Dios con los votos religiosos, para vincularse, como ella decía, más estrechamente y para siempre con Jesús, y consumir su vida en la educación de las niñas. Esto era su sueño dorado.

Trabajar por el bien de las niñas.

Mas había algo que impedía su santa aspiración. ¡Qué dolor para su tierno corazón cuando supo que, por un cierto impedimento, del cual era ella inocente, no había podido ser admitida en la Congregación!

Para Laura esa fué una de las mayores penas. No obstante conformóse luego con la Divina Voluntad, y de este mismo

impedimento tomó un nuevo motivo para humillarse. «¡Oh Jesús, aun cuando no pueda ser recibida entre aquellas que se consagran á Tí en la Congregación, no obstante á Tí me ofrezco, quiero ser toda tuya, aunque tenga que permanecer en el mundo».

Con el adelanto que había hecho en el estudio de la Religión, alcanzaba ya á comprender los peligros del siglo, las dificultades que á cada paso se encuentran en la práctica de la virtud. Comprendía la fuerza del mal ejemplo y de las ocasiones de pecar, y por eso apurábase para consagrarse á Jesús y á la Ss. Virgen, á fin de prevenir las asechanzas de los enemigos, y ponerse de antemano bajo la égida de Jesús y de María.

Sin embargo todo esto parecióle poco. Desconfiaba mucho de sí misma. Teníase por muy floja y débil en la virtud; y por eso con ruegos y súplicas instó tanto á su madre, que al fin pudo obtener que la dejara en el colegio á lo menos por unos cinco años más.

¡Oh cuántos caminos sabe encontrar el amor para unirse siempre más con el Amado!

Al comenzar, pues, el año escolar de 1902, Laura volvía de las vacaciones al colegio, no como pupila, sino como interna adicta á la casa de las Hermanas, por el tiempo convenido, durante el cual habría continuado sus estudios, y además atendido á los quehaceres domésticos.

Por esta nueva disposición no sabía como agradecer á su madre y á la directora; y sobre todo á María Auxiliadora á quién atribuía la gracia de haber sido admitida, aunque temporalmente y en el último lugar, en casa de sus queridas Hijas.

Aprovechó esta nueva oportunidad que la Divina Providencia le deparaba, para entregarse con más fervor á la práctica de las virtudes.

Procuró hacerse instruir por su director espiritual, sobre los votos religiosos, pues si no podía consagrarse á Jesús con la profesión religiosa, á lo menos deseaba observarlos en privado, lo mejor que pudiera, para seguir así más de cerca á Jesús, y ser más semejante á María Santísima, tan pura, tan pobre y tan obediente. Y perfecta fué su conducta cuando obtuvo el permiso de ofrecerse á Jesús según su ardiente deseo.

Tantas y tan altas aspiraciones en una niña que contaba apenas unos 11 años de edad, llamarán mucho la atención del lector. Esto nos demuestra como la divina gracia había desarrollado en esa alma, tan bien dispuesta, la piedad y la virtud; á la par que nos hace conocer la prontitud y generosidad con que ella correspondía, sin reparar en sacrificios.

V.

Su trato y comportamiento con las compañeras

Era Laura de un carácter afable y cariñoso. Su trato era tan suave, que todos la estimaban y querían, y ella buscaba los medios para hacer felices y dejar contentos á cuantos la rodeaban.

Su corazón gozaba cuando veía ingresar alguna niña al colegio.

«He aquí, decía, una niña más que viene á conocer á Dios, y aprender á amarle».

En esas ocasiones ella era siempre una de las primeras que se acercaba á la recién llegada; y con aquel modo afectuoso que le era propio, convidábala á jugar y á divertirse, hacíale algunas preguntas so-

bre el Catecismo; averiguaba si sabía leer, ó hacer alguna labor, y siempre acababa con ofrecérsele de ayuda en todo.

De este modo quedaba ya trabada la amistad, y luego dedicábase á enseñar á su nueva amiga algo de lo que ignoraba, dando la preferencia á las cosas de Religión, y poniéndola, además, al corriente del reglamento y costumbres de la casa.

Con estas pequeñas atenciones se atraía el cariño de las educandas.

Con frecuencia las Hermanas, la ponían á enseñar las primeras letras ó alguna labor á niñas más atrasadas. En esto, declaran sus condiscípulas, tenía un proceder todo especial.

Enseñaba con mucha paciencia y caridad. No demostraba cansancio ó molestia en tener que repetir varias veces las explicaciones ó las instrucciones; y cuando lograba hacer comprender algo á sus pequeñas discípulas, decía: «Ahora aplicaos con empeño, mientras yo rezo por vosotras, á fin de que podáis aprender pronto».

Asímismo con gran amor y cariño, se prestaba para ayudar á las internas más pequeñas, ya para vestir las ya para peinarlas y, como declara una señora que fué su con-

discípula, «jamás, dice, la ví, en los dos años que estuvimos pupilas, dar muestra de desagrado ó de repugnancia, como suele generalmente suceder en tales servicios».

Aunque tuviera mucho que hacer, Laura estaba siempre pronta y dispuesta á ayudar á todos, dejando de buena gana, sus quehaceres, y hasta sacrificando parte de las recreaciones.

Esto lo hacía para tener la comodidad de hablar de Dios, y de la virtud; enseñando y animando á evitar el pecado.

Sus conversaciones versaban siempre sobre cosas edificantes ó instructivas y útiles. Además, sabía aprovecharse del cariño que las niñas le profesaban por su proceder tan servicial y bondadoso, para dar algún buen consejo, ó para hacer alguna caritativa observación sobre algún defecto que hubiera notado en ellas. Es verdad que no todas sabían aprovechar del celo de la pequeña Laura, y muchas veces algunas la mortificaban y la humillaban; mas Laura sufríalo todo con alegría y paz inalterable. «Entonces, atestigua una compañera suya, ella se apartaba algo de las demás y rezaba».

Jamás fué vista altercar con nadie.

Era siempre la primera á ceder en toda discusión, aunque hubiera tenido motivo para lo contrario. Anhelaba el reinado de la caridad y la concordia.

Un día fué encargada, con otra niña, de barrer y ordenar la clase.

Al arreglar las bancas, no pudiendo Laura colocarlas por sí sola, llamó en su auxilio á la compañera. Esta se negó. Laura le hizo notar que eso no estaba bien. A tal observación la compañera se ofendió, y Laura pidióle disculpa por haberle ocasionado un disgusto contra su voluntad.

«La humillación de Laura me enfureció, dice la misma condiscípula, pues parecióme que de veras yo tenía razón, y la mortifiqué más, desprecié sus disculpas y la dejé sola.

«La buena Laura, empero, no desmayó por ese mi mal proceder, antes bien con más humildad y dulzura buscaba apaciguarme. Yo seguí despreciándola por unos dos ó tres días más. ¡Pobre Laura, cuánto sufrió en aquellos días! ¡A la verdad he sido yo muy mala!...

«Finalmente, no pudiendo ella conseguir mi perdón, rogó á la maestra me ha-

blara; y sólo entonces dejé mi mal proceder con tan cariñosa compañera, y fuimos nuevamente amigas».

Muchos son los hechos parecidos á éste, como atestiguan sus condiscípulas, en que la bondadosa Laura, aunque inocente, para conservar la buena armonía y la paz, era siempre la primera en humillarse y pedir disculpa.

VI.

De su piedad, amor á la divina palabra
y de su edificante comportamiento en la Iglesia.

Desde los primeros días de su ingreso al colegio, notóse en Laura, refiere su directora, un juicio superior á su edad y una verdadera inclinación á la piedad. Su inocente corazón no hallaba paz y descanso sino en las cosas de Dios. Aunque niña, su devoción era seria; nada de afectación, ni de exageraciones en ella.

En todo era llana y sencilla.

Muy luego se puso al corriente de las prácticas piadosas del colegio, y sin pretender hacer alguna obra más, estudiábase en cumplir cada día mejor las pres-

criptas por el reglamento. No por eso debemos creer que ella no tuviera sus devociones particulares; las tenía, pero las prácticas piadosas determinadas por el reglamento, eran para ella de obligación, y por lo tanto, las preferidas y antepuestas á cualquier otra.

Durante el rézo se echaba de ver que tenía su mente atenta á la acción que estaba ejecutando. Casi nunca se daba cuenta de lo que pasaba á su alrededor; y muchas veces hubo necesidad de advertirla que se la llamaba ó que era tiempo de salir de la Iglesia.

Con esta misma atención procedía en el cumplimiento de todos los demás deberes. Había comprendido bien y tomado para sí aquella sentencia: *Haz lo que haces*; y con santa libertad de espíritu, alegre y contenta pasaba de la Iglesia á la clase, de ésta al taller, ó á cualquier otro oficio, ó al recreo; y aun, sin queja alguna ó muestra de descontento, dejaba las prácticas de piedad, si la obediencia ó la caridad se lo imponía, supliendo en tales circunstancias, con fervorosas jaculatorias y haciendo con gusto lo que la obediencia le mandaba.

«Para mí, solía decir, es lo mismo rezar

ó trabajar; rezar ó jugar; rezar ó dormir. Haciendo lo que me mandan, hago lo que Dios quiere que haga, y esto es lo que yo quiero hacer; ésta es mi mejor oración.»

Una devoción tan bien entendida y mejor practicada, después de la divina gracia, se debe al amor grande que Laura tenía á la divina palabra.

Gran dicha era para ella poder asistir á una instrucción religiosa ó á un sermón. De cada uno de ellos sacaba siempre abundantes frutos, y buenos propósitos que, al presentársele la ocasión, sabía poner en práctica.

Su atención maravillaba al mismo predicador, especialmente si hablaba sobre la SS. Virgen ó el Sagrado Corazón de Jesús, y más aun si sobre el Santísimo Sacramento. En esos momentos parecía que las llamas de amor de la pequeña Laura, y la avidez con que pendía de los labios del predicador, quisieran estimularle á hablar cuanto mejor pudiera y supiera sobre dichos temas, amados objetos de su corazón.

Encendida en estos deseos ardientes Laura aprendió á conocer, servir y amar á Dios con una verdadera y sólida devo-

ción: devoción que abarcaba y santificaba todos sus pensamientos, deseos y obras.

Ejemplar y edificante era su comportamiento en la Iglesia.

«No me acuerdo, dice una de sus más íntimas amigas que la observaba de cerca deseando imitarla, no me acuerdo de haberla visto apoyarse jamás al banco cuando estaba de rodillas, ni mirar de un lado á otro, sino que sus ojos estaban generalmente fijos en el santo Tabernáculo, ó bajos y recogidos».

Todas las niñas se daban cuenta que para estar en la Iglesia como es debido, se debía estar como acostumbraba hacerlo la pequeña Laura. Las mismas Hermanas proponíanla á todas como ejemplo.

Otra cosa había en ella que llamaba la atención de las niñas, y aun de personas mayores. Nunca se dejaba vencer por el sueño durante las funciones religiosas, ni aun en los días de verano, cuando más suele atormentar.

Laura sabía sobreponerse, y como es natural, algunas de sus compañeras, movidas por la curiosidad, preguntábanle qué era lo que hacía para vencer el sueño en la Iglesia.

Ella con sencillez respondía: «Le punzo y le ahuyento».

—¿Y cómo se punza el sueño si no se ve ni se palpa?

—Es que yo no le punzo á él directamente, sino que cuando noto que me quiere sorprender, con un alfiler me doy unos cuantos pinchazos en los brazos, y el sueño se espanta y huye. He aquí el secreto de que me sirvo para no dormir, y gracias á Dios, hasta ahora me dió muy buen resultado. Hagan otro tanto también Uds., y se verán libres de dar cabezazos en la Iglesia.

Las curiosas quedaron admiradas de la santa industria de la buena Laura, pero más del valor que tenía en mortificarse de esa manera. Algunas de ellas supieron aprovechar el consejo de tan santa compañerita.

VII.

Sus mortificaciones.

La vida cristiana es vida de mortificación, y cuanto mayor y más generosa es ésta, más perfecta es aquélla.

Dos clases hay de mortificación, interna la una y externa la otra. Ambas, empero, son necesarias á todo cristiano para preservarse del pecado, para alcanzar su propia salvación.

Es verdad que la mortificación más importante es la interior, ya sea del corazón ya de las potencias del alma; mas á ésta sigue de necesidad la exterior, como los fosos y los baluartes á una plaza fuerte.

Para conservar el interior puro es preciso ser mortificado en todos los sentidos, y no de un modo general, sino que es menester á veces echar mano de penitencias y mortificaciones afflictivas particulares. Haciéndolo así podremos lograr el favor de conservar y hasta aumentar los tesoros de la gracia en nosotros.

Laura, guiada por el espíritu del Señor, comprendió luego esta gran verdad. Por eso, con verdadero ahinco dióse á mortificarse interna y externamente, de tal manera que muchas veces su director espiritual tuvo necesidad de irle á la mano para moderar sus fervorosos deseos.

Ansiosa de seguir á Jesús y de imitar á la SS. Virgen, vigilaba de continuo sobre

su corazón y voluntad para reprimir luego los primeros movimientos desordenados por pequeños que fuesen.

Atemorizada á menudo en su idea de haber dado margen con su descuido á la tentación, se imponía alguna penitencia más ó menos grave, según la fuerza de la misma.

Solía llamarse con frecuencia *La loquita de Jesús*; y con este título firmaba sus tareas escolares. Esto despertó la curiosidad de sus compañeras. Todas deseaban saber el porqué se había puesto ese nombre. Nadie pudo dar con el motivo.

Sólo una persona, á quien ella amaba y apreciaba mucho, y con quien entreteníase en conversaciones confidenciales, pudo conseguirlo.

Estando un día conversando como de costumbre, dicha persona preguntó á la niña:—Díme, Laura, ¿por qué te llamas á tí misma y firmas, *la loquita de Jesús*?

—Ella sonriendo contestó: Por castigo.

—¿Y quién te impuso ese castigo?

—Yo misma.

—¿Tú misma! ¿y por qué?

—Hace tiempo, estábamos unas cuantas niñas juntas en el patio charlando y divir-

tiéndonos; cuando de improviso, por un chiste mío, una de las niñas, que allí estaba, en voz alta y burlona me dijo: «Pareces una loca».

Estas palabras hiciéronme impresión y sentí luego unos movimientos como de impaciencia, y unos deseos de contestar á aquella niña con algo parecido á lo que ella me decía.

Pero al momento me dí cuenta de lo que pasaba en mí, y dije á mi corazón: ¡qué delicado eres aún! ¿te molestas por esas palabras? Pues bien, de hoy en adelante, yo misma me llamaré: *La loquita de Jesús*, y con este nombre firmaré mis tareas escolares, y él servirá para recordarme que debo ser menos delicada y más mortificada.

He aquí porqué me llamo así. Porque soy mala».

Y, quien sabe cuantas otras industrias más había usado esta inocente niña, para perfeccionarse en la mortificación interna.

Al mismo tiempo que vigilaba sobre su interior, no descuidaba la mortificación de los sentidos.

Su recato era general y continuo. Modestísima en las miradas, en su andar y en sus palabras, jamás se le escapó una que pudiera ofender á nadie.

Era muy prudente, y su hablar bien medido.

Nunca se le notó acto que fuera menos urbano. Antes bien, como dice su directora, ella solía llamar falta de modestia á cualquiera inurbanidad por pequeña que fuese. De donde se pueda deducir cuan recatada y modesta debía de ser, y lo era efectivamente en todos sus actos y modales. Pero con sus deseos de mortificación iba más lejos.

Hubiera querido ayunar casi todos los días; tratar con muchas asperezas su cuerpo, y esto aún durante el sueño, pidiendo con instancias á su director espiritual permiso para poner en su cama trocitos de madera, piedras ú otros objetos molestos. Por su poca salud no se le permitió, dejándole tan sólo licencia para algunas pequeñas privaciones más conformes á su edad.

Ella, no obstante, suplía de muchas maneras, aprovechándose de los cambios de la atmósfera, de las estaciones, de los lugares y de los mismos quehaceres y oficios.

Por eso, al tomar asiento tanto en la clase como en el taller, ordinariamente

adoptaba una postura algo incómoda, y por cansada que estuviera, no la cambiaba hasta la hora de salir al recreo.

Durante el verano sufría por largas horas la sed, privándose de tomar agua durante el día por caluroso que fuese.

En el invierno, pedía permiso de barrer los corredores y patios para sufrir el frío. Siendo de una complexión algo delicada, en las estaciones frías estaba sujeta á los sabañones; gozaba con esto, pues tenía algo para ofrecer por sus pecados.

En las vigiliás, triduos ó novenarios de las mayores festividades, y durante el mes de María, solía poner en su calzado algunas piedrecitas, y corría y tomaba parte á los recreos como si las piedras nada le estorbaran y mortificasen. Con frecuencia recibía de su madre dulces y juguetes, pero no bien se retiraba aquella, pedía permiso para repartirlos á sus compañeras, y en esas reparticiones acababa siempre por quedarse sin nada, ó con la menor parte.

Muchas veces fué vista poner sal en la sopa y aún ceniza.

De cuanto le servían en la mesa, dejaba

siempre algo; con el debido permiso convidaba con su postre á alguna compañera, y ordinariamente la preferida era la que le había hecho alguna ofensa, ó que le era algo contraria.

Por ese mismo espíritu de mortificación hubiera deseado tener vestidos menos lujosos y más sencillos.

Pero su madre gustaba verla elegante, y no pudiendo Laura cambiar del todo los vestidos que recibía, bajo algún pretexto, los modificaba, quitándoles lo que ella llamaba, *ganchos para el demonio*.

De los perfumes deshacía lo más pronto posible: hasta el jabón perfumado cambiaba por otro ordinario.

Ocurrente y graciosa era la reflexión que solía hacer sobre ello.

«Dicen que en los hospitales para que no sean percibidos los malos olores, acostumbra á desinfectar y rociar las camas y los muebles con algo que haga agradable el ambiente. Asimismo, cuando una persona tiene alguna llaga que despide mal olor, usa algún perfume para disimularlo á fin de que no produzca náuseas á nadie.

Pero, para nosotras, todas sanas, ¿qué mejor perfume puede haber que la limpie-

za de corazón, y un buen aseo de la persona y de los vestidos?

Cuanto más una niña se perfuma por pura vanidad, tanto más agrada al demonio, y se hace repugnante á Dios.

Con las aguas de Florida no se ocultan á los ojos de Dios las maldades del corazón».

Todas estas industrias y muchas otras, que por brevedad se dejan, eran efecto del grande amor que la pequeña Laura tenía para con Jesús Crucificado, y del recuerdo continuo de su dolorosísima Pasión y Muerte.

Las privaciones y los dolores que sufrió Jesús, su abandono, pobreza y obediencia eran los temas ordinarios de sus meditaciones en las horas de silencio; y cual poderosos estímulos animábanla más y más á sufrir por amor de Aquel que, siendo Santo é Inocente, quiso padecer tanto por amor nuestro, hasta morir cargado de las más grandes ignominias y en medio de los más acerbos dolores.

Además, tenía siempre presente el propósito hecho en su primera Comunión de reparar las ofensas que Dios recibe de tantos pecadores, por cuya salvación de muy buena gana habría dado la vida.

VIII.

Su humildad y obediencia.

Estas dos virtudes, objeto primordial de toda alma que aspira á ser virtuosa, fueron muy queridas y mejor practicadas por nuestra Laura.

Sus condiscípulas á una aseguraron que fué ella muy humilde, no sólo de palabra sino también de hecho.

Amaba mucho los oficios bajos y rehusados por las demás.

Era tan grande la alegría y contento que probaba en tales ocupaciones, que sus mismas compañeras, admiradas se preguntaban si Laura era insensible.

Padeía de una enfermedad que acarrearle repetidas mortificaciones de parte de las niñas menos caritativas. Laura jamás abrió sus labios para quejarse por ese proceder, y menos aún para acusar á nadie á sus superiores.

Sufríalo todo con alegría.

Si alguna de las niñas que apreciaba tanta virtud, demostraba tenerle lástima, ella toda risueña decía: «Más bien debieras tú ayudarme á dar gracias á Dios,

que con esta enfermedad me proporciona un medio de ser humilde».

Acusada falsamente, como lo fué alguna vez, era hermoso, edificante y conmovedor verla aunque inocente, caer de rodillas á los pies de la directora, ya fuera en la clase ó en el patio, y en presencia de todas, pedir con humildad perdón y disculpa, como si hubiera sido verdaderamente culpable.

En esos momentos y á vista de tanta humildad, no faltaba quien defendiera la inocencia de Laura, y ésta obligada á hablar, decía entonces sencillamente no haber sido ella. Acto seguido, quedábase tranquila se le creyera ó no.

Cuanto la trataron aseguran que jamás habló mal de nadie, pero sí, bien de todos, pues sabía encontrar siempre algo para alabar á cualquiera.

Nunca hablaba de sí misma. Si alguna vez se le preguntaba sobre algo que ella hubiera sabido hacer, ó conociera, decía con sencillez lo que sabía, sin dar muestra de ostentación, vanidad ó complacencia, antes bien cualquiera demostración de aprecio era para ella motivo de gran confusión.

Es costumbre del colegio leer, todos los sábados, las clasificaciones de conducta; y en aquel entonces la niña sobresaliente debía llevar, durante una semana, una medalla como distinción.

Laura era la que siempre merecía esa distinción. Cuando la directora la llamaba para entregarle la medalla, ella le hacía presente con la mayor naturalidad que había cumplido con su deber y que por consiguiente, nada merecía.

Pero, lo que patentizó más su gran humildad, y que la tuvo algo turbada, fué el hecho siguiente.

Durante el mes de María, á la hora de la función de las Flores, á cada niña se le daban unas cuantas rosas artificiales, para depositar á los pies de la estatua de la Inmaculada, según el número de flores espirituales que había hecho durante el día en honor de la SS. Virgen.

La pequeña Laura tan devota y amante de María se encontró en grande apuro, cuando se presentó para recibir las rosas. Ella hubiera querido ocultar en su corazón el número de flores espirituales que había ofrecido á su querida Madre, y al mismo tiempo, no quería faltar á la sencillez.

Pero, pudo más ésta que la humildad, y á la hermana que distribuía las rosas, enumeró las flores que había alcanzado hacer.

No obstante, algo turbada, procuró consultar, lo más pronto posible, á su director espiritual. El viéndola así confusa, y al mismo tiempo tan deseosa de humillarse, para tranquilizarla y para proporcionarle como satisfacer su santo deseo de ocultar cuanto hiciera en honor de María, díjole: «De todo lo que Ud. haga me dará cuenta exacta, y si le preguntan cuántas flores ofreció á la Virgen SS. podrá contestar: De 25 á 30, como mejor le parezca.»

Esto bastó para devolverle su alegría y contento.

¡Cuán diferente es el espíritu del Señor del espíritu del mundo!

Aquél busca las humillaciones, goza con ellas y huye de los honores; éste ama y busca los honores, y aborrece las humillaciones.

Mas si Laura fué tan ejemplar en la humildad, no lo fué menos en la obediencia.

«Laura, dice su directora, cumplía con la obediencia pronta y exactamente».

Y sus condiscípulas: «Era obedientísima. Ella no ponía reparos á lo que le mandaban. Palabras tuyas son estas: «La obediencia debe ser ciega».

En efecto, su mayor empeño era cumplir perfectamente con todas las prescripciones del reglamento y con las órdenes y disposiciones de sus superiores.

Era puntual á los toques de la campana, y más de una vez dejó incompleta la palabra ó puntada que había empezado.

Tan amante de esta virtud, tenía de ella tanto aprecio, que de la misma hacía depender el adelanto y perfección de las otras virtudes.

Por eso solía decir: «Lo que nos manda la obediencia es lo que Dios quiere de nosotros, y ¿qué más queremos? Para mí, lo mismo es rezar ó trabajar, rezar ó hacer recreo, si así lo dispone la obediencia».

Recordaba á menudo la sentencia del Espíritu Santo: *El obediente alcanzará victoria.* «Así es, porque si nosotras aplicáramos nuestro entendimiento á lo que nos mandan los superiores, y con nuestra voluntad y corazón amáramos lo que nos ordenan, el demonio no encontraría por donde tomarnos, y venceríamos á los

demás enemigos de nuestra alma, porque la obediencia nos ayudaría á tener cerradas las puertas por donde ellos suelen entrar».

En la clase ó taller, como atestiguan sus compañeras, observaba perfecto silencio, estuviera ó no la maestra ó la asistente.

En cualquier lugar ú oficio, no había necesidad de vigilarla, sabía vigilarse á sí misma.

Acontecía á menudo que las niñas externas llevaban al colegio dulces ú otras golosinas, y convidaban á las pupilas, á quienes estaba prohibido recibir algo sin permiso. Esta prohibición no siempre era acatada por todas, especialmente por las más golosas. Pero lo cierto es, que ninguna pudo lograr que Laura aceptara un solo caramelo.

Muchas veces, ese proceder fué mal interpretado; alguna se resentía por sus negativas.

Laura, empero, no se turbaba por eso, sino que con mucha amabilidad hacíale presente que si ella no aceptaba lo que con tanto cariño le ofrecía, no era por mala voluntad, ni por desprecio, sino porque la obediencia se lo prohibía, y porque no tenía permiso para ello.

También era muy sumisa y obediente al director espiritual, que nunca cambió. A él exponía, con candorosa sencillez, todo lo que pasaba en su corazón, todos sus deseos y aspiraciones, acatando luego con entera sumisión sus consejos y mandatos.

Sólo en la época prescrita por los Cánones, ó por el reglamento, presentábase al confesor extraordinario, para cumplir aun en esto, con la obediencia. Y aunque varias veces, su Director y otras personas le daban á entender, que era cosa buena cambiar una que otra vez el confesor, ella sonriendo contestaba: «Sí, más bien que hacer una mala confesión con el ordinario, es mejor cambiar; no obstante, me parece que es más provechoso saber vencer la vergüenza. Haciéndolo así, nos haremos conocer mejor por nuestro padre espiritual, y él nos podrá dirigir con más acierto.

El tener un confesor estable es cosa muy importante y útil, mientras ocasiona gran desconcierto cambiarlo sin necesidad. Además, por ahora, yo no tengo motivo para hacerlo».

Ese mismo espíritu de obediencia y amor á esta virtud, la hacía preferir el

parecer de la compañera de oficio al suyo propio.

Al comenzar con otra cualquier trabajo, indagaba la opinión y deseos y con toda sencillez luego se sometía á sus indicaciones siempre que no hubiera habido algún manifiesto error.

En varias ocasiones, alguna de entre sus más íntimas amigas, le preguntó cuáles eran las virtudes que más apreciaba, y Laura: «Todas. No obstante, la humildad, la obediencia, la caridad y la castidad son las que me agradan más. Especialmente la obediencia, porque las encierra todas.

El Señor ama y ayuda á los obedientes. Cualquiera puede estar seguro, que lo que se hace por obediencia, es de sumo agrado al Corazón de Jesús».

IX.

Su caridad para con el prójimo.

Ya hemos visto cual era la conducta de Laura para con sus compañeras. Toda afabilidad y amor para ayudarlas, aliviarlas, tenerlas alegres y contentas, y es-

pecialmente para preservarlas, ya con el ejemplo ya con los consejos, de toda falta y pecado.

Parece que hubiera poco que decir de la caridad para con el prójimo, ejercida por una niña de tan corta edad, y retirada en un instituto. Claro que esta imposibilidad física le impedía hacer grandes limosnas, pasar largas horas á la cabecera de los enfermos y ejercer muchas otras obras corporales de misericordia. No obstante, su abrasada caridad le hacía descubrir no pocas industrias para aliviar en lo que podía á cuantos la rodeaban.

«Amaba tanto á su prójimo, y especialmente á los pobres, dice una amiga suya, que si hubiera seguido los impulsos de su corazón, todo lo habría dado.

La última vez que salió del colegio, auxilió con la mayor parte de sus vestidos á una familia sumamente pobre.

Para Laura, era una verdadera felicidad entretenerse con las niñas más pobres.

Tenía siempre algunas cositas ó juguetes para regalarles, y las divertía con inocentes recreos.

«Debemos amar y ayudar mucho á los pobres. Jesús había puesto en ellos sus

complacencias y decía que á ellos pertenece el reino de los cielos».

Su corazón se apenaba mucho cuando veía que alguna de sus compañeras con modales altaneros y despreciativos mortificaba á alguna niña pobre, riéndose por sus vestidos andrajosos, ó por su humilde condición.

Uno de los consejos que dió á su hermana, el día antes de morir, fué referente á los pobres. «Hermanita mía, sé amable y caritativa con el prójimo, no desprecies nunca á los pobres, y no mires con indiferencia á nadie».

Ya hemos visto como hablaba siempre bien de todos y no permitía que en su presencia se murmurase de nadie.

Encontrábase un día en una reunión, en que algunas personas mayores, con maliciosas preguntas, indujeron á unas compañeritas á murmurar y hablar mal del tratamiento de los colegios religiosos de la localidad, donde habían estado de pupilas.

Laura, al oír tantas falsedades, miró á las mayores y luego á las niñas, en cuyos rostros rebosaba la salud más perfecta y con energía increpólas diciendo: «Es

harto vergonzoso que os atreváis á decir y sostener cosas tan falsas, mientras vuestros mismos rostros con tanta evidencia os desmienten».

Todas comprendieron la lección y avergonzadas cambiaron de conversación.

«De mucha edificación ha sido para mí la conducta de Laura, decía la persona que presenció y relató á los superiores de los colegios este hecho. En eso dió prueba de gran virtud y de dominio completo sobre el respeto humano; porque una de las personas que con malignidad incitaba á las niñas á murmurar, pertenecía á las primeras autoridades del pueblo, prerrogativa que tal vez habría atemorizado á cualquiera persona de menos virtud.

¡Ah, jamás olvidaré ejemplo tan hermoso!

Donde su caridad no tuvo límites, fué en las obras espirituales.

Amaba tiernamente á las benditas ánimas del Purgatorio, y ¿qué no habría hecho para sufragarlas? Su corazón experimentó inmenso consuelo cuando hizo el *Voto de ánimas*.

«Ahora, decía, estoy contenta, porque

ofrecí á Dios lo poco bueno que puedo hacer ó merecer, en descanso y sufragio de las almas del Purgatorio».

Los pecadores no le eran menos queridos.

Por ellos comulgaba muy á menudo, por ellos tenía puesta una intención especial en sus oraciones diarias. Con frecuencia convidaba á alguna de sus compañeras á rezar por su conversión, y á todos recomendaba que no se olvidaran de esos pobres desgraciados.

«Nosotras somos niñas, y no tenemos como hacer otros actos de caridad, pero podemos rezar, comulgar y mortificarnos en sufragio de las ánimas del Purgatorio y por la conversión de los pecadores.

¡Oh, qué actos de caridad son éstos! ¿Y por qué no los haremos?»

Con el mismo interés y amor se acordaba de los misioneros.

«¿Qué sería de nosotras, solía decir, si estas buenas Hermanas no hubiesen venido á establecerse en Junín? Ellas dejaron, por amor nuestro, sus padres y su patria. ¿Cómo podremos agradecerles estos sacrificios? Roguemos mucho por ellas y por todos aquellos que se dedican á pro-

pagar el Reino de Dios. Sí, por todos los misioneros».

Esto sin embargo no era suficiente para su abrasado corazón. En las últimas vacaciones pasadas en su casa, había comprendido una vez más los peligros de perderse eternamente, en que se encuentran tantas almas pecadoras, y esto dábale mucha pena.

Más aun sufría al pensar en la mala vida que llevaba una persona por ella tiernísimamente amada.

¿Qué no habría hecho por esa persona! ¿Rezar? ¿Comulgar? Esto era lo de todos los días. Su corazón, su caridad no estaban satisfechos, pedíanle algo más; pedíanle que unido á sus oraciones, mortificaciones y santas obras, ofreciera á Dios el sacrificio de su vida.

Movida, pues, por estas ansias de heroica caridad, pidió permiso á su director para ofrecerse al Sagrado Corazón de Jesús, como víctima por esa persona.

Tierna niña de doce años apenas, sacrificaba la vida y prefería gustosa la muerte para alcanzar la conversión de una sola alma. ¡Tan grande era su amor para con el prójimo!

X.

Paciencia y fortaleza.

Era Laura de una complexión algo débil, no obstante su espíritu era generoso y fuerte.

Desde sus primeros años fué visitada por Dios con muchos dolores y enfermedades más ó menos graves, pero, en todas dió prueba de una admirable paciencia.

Su directora dice: «Durante el tiempo que Laura estuvo enferma en el colegio, no me acuerdo haya pedido algo para su alivio».

Causaba admiración el verla siempre alegre y risueña, por grandes que fuesen los dolores que padecía.

Si se le preguntaba por su salud, su contestación acostumbrada era: Algo mejor, gracias.

Sabía hacer tesoro de los sufrimientos, y por eso los sobrellevaba con el mayor disimulo posible. Sólo á quienes estaba obligada, manifestábalos con sencillez y candor, sin ninguna exageración; cosa bien rara en los niños, que ordinariamente, abultan sus dolencias. Aun después de

haber dado cuenta de sus dolores á la directora y al médico, concluía diciendo: «Quien sabe no sea flojedad de ánimo, la que padezco».

Preguntóle un día el padre, si de veras ella lo creía así.

«Me parece que no me hago la enferma por pereza, pero, pensando en lo mucho que Jesús sufrió por mi amor, conozco que soy bastante cobarde en sufrir de buena gana estas pocas incomodidades. Además, tan atendida como estoy, temo que las atenciones acaben por acostumbrarme á ser regalona».

He aquí, pues, porque nunca pedía nada para su alivio, sino que tranquila recibía lo que se le daba.

Estaba convencida que era poco lo que sufría y que no había para qué tomarlo en cuenta. Por otra parte el recuerdo continuo de los sufrimientos de Jesús infundíale valor y gran deseo de padecer algo en secreto.

No le faltaron por cierto sufrimientos de espíritu. El Señor se complacía en probarla con frecuentes sequedades y arideces en las prácticas de piedad.

Ella, durante esas pruebas, multiplicaba sus oraciones á Jesús Sacramentado.

Había comprendido que un alma en ese estado era más agradable á Jesús, que estuvo tan desamparado en la cruz, y lo está todavía en el Ss. Sacramento.

«¡Ah! Jesús esta semana me ha dejado sola!»! Con esta expresión daba á entender la tristeza espiritual que la afligía.

Esta alma generosa soportó también hartos sufrimientos de parte de las personas de la casa.

Por espacio de un año y medio, sostuvo severas reprecensiones, humillaciones y aún castigos, por cierta incomodidad física que padecía, y que era interpretada siniestramente. Jamás se quejó de ese mal tratamiento.

Su modesta y candorosa conducta le originó grave padecer, pues era un continuo y severo reproche para muchos, quienes como venganza y desquite no le ahorraron mofas, desprecios, desaires, persecución y esto aun durante su última enfermedad, cuando, por decirlo así, estaba ya al borde del sepulcro.

Unos ocho días antes de su muerte, llegó una persona de visita, y como su

delicada conciencia sentía repugnancia en que pasara allí la noche, ya iba á salir en direccióu á su amado colegio, cuando sorprendida por uno de la casa, que juzgó hipocresía su recto proceder, fué golpeada sin piedad.

No por eso se escapó una queja de sus labios ni menguó en ella aquel cariño, aquel amor que ardía en su corazón para con la persona que acababa de tratarla tan descomedidamente.

De sus labios nadie supo nada de lo ocurrido, y habría quedado oculto para siempre, si no hubiera habido quien presenciando tan lastimosa escena no nos lo hubiese relatado, ponderando con lágrimas en los ojos, la paciencia de la pequeña Laura, y sobre todo el modo afable y cariñoso con que trató luego á la persona que la había castigado.

«En esa ocasión, admiramos una vez más la virtud de nuestra querida amiga. No cabe duda que debía ser una santita, según opinión de todos».

XI.

Su amor y celo hacia el Smo. Sacramento.

Nadie ignoraba el amor de Laura hacia Jesús Sacramentado.

Aun antes de ser admitida á la santa Comunión había aprendido á depositar á los pies del Divino Sacramento sus alegrías, sus penas y dolores.

Había aprendido á visitarle, y por el amor que le tenía, habría deseado pasar largas horas en su presencia, y hacerle compañía en su soledad. Suplía á esta imposibilidad con frecuentes visitas espirituales.

Muchas veces fué vista ya desde la clase, taller ó patio, y aún desde la cama durante la noche, dirigir sus miradas á la capilla, y con ellas los afectos de su corazón, y pasar así algunos momentos en santo recogimiento. Bien se comprendía el objeto y el fin de esos amorosos actos, que fueron más frecuentes y fervorosos cuando pudo recibir á Jesús en su corazón, y más aun, si cabe, cuando por su fervor, al poco tiempo de haber hecho la primera Comunión, su director espiritual le dió permiso para la comunión diaria.

«¡Oh cuán dichosas somos, solía decir á sus compañeras, y qué felicidad es para nosotras la de recibir á Jesús con tanta frecuencia! ¿Y qué podemos hacer para agradecerle tanto amor?».

Estaba Laura, tan prendada de la ternura de Jesús para con los hombres, que no dejaba pasar ocasión sin recordarla y hablar con fervor de ella, repitiendo con frecuencia esta hermosa exhortación: «De bemos vivir sólo para Jesús».

Cuando estaba ante el santo Tabernáculo, era tan grande su recogimiento que se hubiera creído viera realmente á Jesús.

Muchas veces fué sorprendida arrasada en lágrimas de ternura.

«En varias ocasiones, dice una íntima amiga suya, tuve la dicha de acompañarla á la capilla, para cumplir con algún mandato de la directora, y de observarla enidadosamente.

En presencia del Santísimo Sacramento se le notaban en el rostro las dulces impresiones que experimentaba su corazón. Luego caía de rodillas, y sus ojos fijos en el Tabernáculo decían bien claro, que allí estaba el Amado de su alma.

Al salir, su corazón se hacía violencia

para alejarse de los pies de Jesús. Pero donde más se traslucía el amor de Laura para con Jesús Sacramentado era cuando comulgaba.

Ya al entrar á la iglesia para asistir á la santa Misa, y más aun durante el rezo de las oraciones, por la voz y por el recogimiento, se notaba que en ese día iba á recibir á su Jesús.

Una persona piadosa que tuvo la dicha de contemplarla casi todas las mañanas, dice: «Aún tengo esculpida en mi mente á esa virtuosa niña. Cuando comulgaba tenía algo de angelical. Muchas veces deseé fuera su cuerpo diáfano como cristal para admirar la hermosura de su alma y contemplar aquel corazón en el momento que recibía á Jesús».

Después de la comunión, la paz, la calma y la dicha se traslucían de su rostro; y su mismo modo de orar, era entonces tan suave y tan apacible como el de quien ya posee lo que tanto anhelaba.

Mas para poder comulgar cada día con más fervor, y para prepararse y agradecer á Jesús sus amorosas visitas, Laura se había hecho un horario, que sólo el amor pudo habérselo inspirado.

Al recibir la santa Comunión, ofrecía á Jesús sus pensamientos, deseos, afectos y cuanto hubiera hecho ó padecido, en acción de gracias hasta á las 4 P. M. y desde esa hora, todo lo ofrecía en preparación á la santa Comunión del día siguiente.

De todo eso se desprende que para ella el SS. Sacramento era el centro de todas sus aspiraciones, y que con razón varias de sus compañeras la llamaban: La esclava de Jesús.

Quando sabía que algunas niñas se es-
taban preparando para la primera Comu-
nión, se les juntaba lo más que podía.
Entreteníase con ellas en santas reflexio-
nes sobre el gran acto que estaban para ce-
lebrar. Hablábales con ternura y fervor so-
bre la dicha que iban á tener con recibir á
Jesús en sus corazones.

«Todas los Sacramentos son grandes,
decía, pero el Sacramento de la Comunión
es el mayor. El santo Bautismo es el más
necesario, porque sin él nadie puede en-
trar al Cielo. No obstante, en el Sacramen-
to de la comunión se recibe más que con
el Bautismo. Con el bautismo recibimos
la gracia de Dios y la inocencia, pero con

la Santa Eucaristía se recibe el mismo Señor de la gracia.

En el santo Bautismo recibimos la vestidura de bodas, pero en la santa Comunión recibimos al Esposo de nuestras almas. ¿Qué felicidad y qué dicha mayor se puede imaginar? ¡Jesús, Dios y Hombre verdadero que viene á nuestros corazones! ¡Nuestro Dios, nuestro Criador y Salvador que viene á unirse con nosotras!»

Luego exhortábalas á prepararse con gran fervor y con confesiones bien hechas, rogándolas no dejaran pasar tan hermoso día sin ofrecer á Jesús sus corazones con los más firmes propósitos.

«En ese día, una niña debe tomar las más firmes y santas resoluciones de conservarse siempre buena y virtuosa por todos los días de su vida. Esta debe ser la gracia principal que debe pedir á Jesús. Todo lo que se pide en ese momento en que Jesús viene por primera vez á nuestro corazón, todo se alcanza. Si viene es para enriquecernos con sus gracias y favores. Hay pues, que pedir, y pedir mucho y para todos».

De esa manera, esta pequeña amante de Jesús, iba inflamando el corazón de

sus compañeras preparándolas con fervor á la primera Comunión.

No menos celosa era para que hiciesen buenas acciones de gracias.

«Recuerdo, dice una de sus condiscípulas, que una mañana Laura vió á una niña que inmediatamente después de haber comulgado, se mostraba algo disipada. Laura sintiólo mucho. Más tarde, durante el recreo, se le acercó con gran afabilidad y le dijo:—Amiguita mía, ¿qué es lo que hiciste esta mañana? ¡Ah, no bien acababas de comulgar, te has distraído tanto, charlando y molestando á las demás, que estoy persuadida no te dabas cuenta de lo que acababas de recibir! ¡Qué momentos tan preciosos has perdido! Jesús estaba en tu corazón, y tú en lugar estabas distraída. ¡Ah, quien pudiera, en esos instantes estar á solas con Jesús! Yo desearía que por varias horas nadie me estorbara. Mas si esto no es posible, procuremos hacerle buena compañía á lo menos por un cuarto de hora. Tú bien sabes que en ese tiempo, Jesús está realmente unido á nuestros corazones. Pidámosle, pues, con fervor que nos ayude

para amarlo más; y nos haga la gracia de que jamás nuestra mente se disipe en esos momentos».

XII.

Su amor al Sagrado Corazón de Jesús y á María Santísima.

Muy tierno y fervoroso era el amor de Laura para con el Divino Corazón de Jesús. No bien conoció tan hermosa y saludable devoción, pidió el santo Escapulario, y fué inscripta en el Apostolado de la Oración.

El primer Viernes del mes era para ella día grande.

Cumplía en él con el Ejercicio de la Buena Muerte, disponíase con la confesión mensual, hacía la renovación de sus promesas, y pedía de todo corazón á Jesús la gracia de morir en su amistad.

Procuraba tener siempre á la vista alguna imagen del Sagrado Corazón, y á menudo le dirigía afectuosas miradas y encendidas jaculatorias, deteníase algunos instantes á considerar los símbolos que le adornan, sacando de esas breves consideraciones, saludables afectos.

«Cuando sufro, solía decir, miro á Jesús, y la cruz que lleva en su Corazón, me alienta á tener paciencia.

Si estoy triste ó siento cansancio, las llamas del Sagrado Corazón me recuerdan que El me ama, y esto me da gran consuelo y ánimo para sufrir algo por su amor».

—¿Y qué significa, preguntábale un día una amiguita suya, esa corona de espinas que rodea al Sagrado Corazón?

—Esas espinas nos recuerdan lo que Jesús padeció en descuento de nuestros malos pensamientos, y que debemos guardarnos de ellos, para no dar nuevos disgustos á su amoroso Corazón.

—¿Y esa herida?

—Esa herida nos enseña que su Corazón está siempre abierto para recibir á todos los hombres, y que su deseo es que todos nos encerremos en El. Que le hagamos compañía, evitemos el pecado, cumplamos bien con nuestros deberes, especialmente amándonos los unos á los otros, como El nos amó. Sólo así será provechoso para nosotros el llevar puesto el Santo Escapulario del Sagrado Corazón y honrar sus imágenes.

Es costumbre de las Hijas de María Auxiliadora saludarse entre ellas y sus educandas con la piadosa jaculatoria: ¡Viva Jesús! á lo cual se contesta: *En nuestros corazones*. Pues bien, aun en esto se conocía la tierna devoción de Laura al adorable nombre de Jesús, porque nunca pronunciaba esa jaculatoria con poca devoción, ni por simple ceremonia.

Posiblemente procuraba ser ella la primera en saludar, para tener la dicha de convidar á los demás á alabar el Nombre de Jesús.

«Recuerdo, dice su director espiritual, que encontrándome un día con esta niña, me saludó diciendo: ¡Viva Jesús! y yo le contesté: *En mi corazón*. A esta respuesta ella se detuvo, y entristecida y con los ojos humedecidos me miró diciéndome: «¿Y en el mío?». Me sonreí y le contesté: Sí, hija, en el de Ud. también, y en él de todos los hombres. Satisfecha con esta declaración, alegre y contenta se fué á sus quehaceres.

Este pequeño incidente, concluye el mismo Padre, dió á conocer una vez más, el espíritu y el fervor con que esa niña hacía todas sus acciones».

Del amor para con Jesús, como de su propio manantial, manaba otro amor, otra devoción, el amor hacia la SS. Virgen.

¡La amaba con tanto afecto! Cuando se le hablaba de la Virgen, el rostro se le encendía, sus ojos bañábanse de lágrimas, y sus labios ordinariamente pronunciaban estas dulces palabras: «*Ella es mi Madre*».

Como obsequio de su amor filial, pidió y recibió los Escapularios del Carmen y de la Inmaculada Concepción que siempre llevó consigo.

Muy á menudo repetía: «¡Qué dicha es para mí ser hija de María! Oh, cuán bueno ha sido Jesús para con nosotros dándonos á su misma Madre por madre nuestra! ¡Ah, y que sea tan poco amada!...».

«Y Ud. Laura, preguntóle un día una persona, ama mucho á la Virgen?»

A esa pregunta levantó la frente, me miró, y ví que sus grandes ojos se llenaron de abundantes lágrimas. No me respondió; pero su expresión, decía demasiado».

Durante el mes de María era cuando desplegaba todo su fervor y celo por la gloria de María.

Se notaba en ella más recogimiento, más devoción y más mortificación,

¡Oh cuántos pequeños desprendimientos hacía en su honor, aun de las cosas buenas y lícitas!

¡Cuántos actos generosos de obediencia, humildad y caridad!

«Estamos, decía, en el mes de las flores y la mejor y más agradable á la SS. Virgen, es quenos esforcemos en ser puras y santas».

Avivaba el fervor también entre las compañeras.

Con santas industrias sabía acercarse á las más distraídas para recordarles la flor y la máxima del día, animándolas á ofrecer de buena gana esos obsequios á la SS. Virgen.

XIII.

Su espíritu de oración.—Recogimiento.

Aunque ya se habló de su devoción y piedad, no obstante parece ser muy oportuno decir algo más sobre su espíritu de oración.

«Luego que conoció la piedad, escribe su directora, la amó, y alcanzó un dón de

oración tan alto y continuo que se la veía en tiempo de recreo absorta en Dios».

Esto fué observado también por sus mismas compañeras.

Desde las primeras instrucciones religiosas recibidas en el colegio, quedó vivamente penetrada de la enseñanza de conservarse y hacerlo todo en la presencia de Dios. Comenzó á pedir al Señor esa gracia, sin descuidar de su parte los medios para tener vivo en su memoria tal recuerdo,

A este fin, además de sus repetidas y fervorosas oraciones y jaculatorias tenía siempre á la vista sobre el banco, en la clase y en el estudio, una hermosa imagen del Sagrado Corazón de Jesús, á quien con frecuencia dirigía los afectos de su corazón con estas palabras: «*Dios me vé y me ama*».

Sus modales tan urbanos y modestos y la voluntaria rigidez en la persona, cuando estaba sentada, acusaban el mismo origen.

Todas estas santas industrias agradaron mucho á Dios, quien favoreció extraordinariamente á su sierva; porque á los pocos meses de haberlas usado con cons-

tancia como ella misma declaró á su director, ya no las necesitaba.

«Me parece, decía, que Dios mismo es quien mantiene vivo en mí el recuerdo de su Divina Presencia.

Doquiera me hallo, ya sea en la clase ya en el patio, ese recuerdo me acompaña, y me ayuda y me consuela».

—Es que Ud., le objetó el Padre, estará siempre preocupada con ese pensamiento, descuidando tal vez sus deberes.

—¡Ah, no, Padre! repuso ella. Conozco que ese pensamiento me ayuda á hacerlo todo mejor, y que en nada me estorba; porque no es que esté yo pensando continuamente en él, sino que sin pensarlo estoy gozando de ese recuerdo».

Así debía ser. El esmero en sus labores y la aplicación en sus estudios era sorprendente.

Aun en medio de sus variadas ocupaciones reflejaba un apacible recogimiento, y algunas veces le era tan sensible, que de sus labios se escapaban palabras entrecortadas, desahogo de los afectos que llenaban su corazón.

Varias veces las compañeras que estaban al lado, creyendo que Laura les ha-

blara, y no habiendo comprendido, preguntábanle qué era lo que había dicho. —Nada; contestaba ella, algo turbada.

—¿Y cómo estás hablando á solas?

—Así acostumbran las loquitas, respondía sonriendo. Y de esta manera sacábase de apuro, y lograba quedarse libre de preguntas importunas. Sus compañeras convencíanse siempre más de la piedad de Laura, y que de veras estaba en continua oración. En las cosas más pequeñas, estuviera ó no asistida, sola ó acompañada, ponía sumo empeño, animando al mismo tiempo á sus condiscípulas, á ser exactas y fieles en el deber.

«Si á menudo nos recordáramos, solía decir, que Dios nos vé ¡cuántos defectos evitaríamos! No habría necesidad tampoco de que nadie nos asistiera para que cumpliéramos con nuestros deberes. Todo lo haríamos bien».

Hay personas que aseguran que muy hermosas y llenas de unción eran las reflexiones que Laura sabía hacer sobre las flores, las plantas, los animales, los campos, los astros, etc. Todo servía para recordar á su Dios, su amor hacia nosotros y cuanto merece ser amado.

«¡Qué horrible ingratitud es ofender á Dios en su misma presencia! ¡El nos vé y nos ama, y nosotros lo despreciamos y ofendemos!

XIV.

Un voto más.—Se enferma.—Sale del colegio para su casa.—Pasa á vivir en el pueblo.—El último mes de María.

En 1902, según queda dicho, Laura había entrado al colegio por unos cinco años.

La esperanza de permanecer tan largo tiempo en él, formaba su alegría. Su corazón era cada día más feliz por el favor que Jesús le había hecho de tenerla tan cerca de sí y en su casa.

Mas al mismo tiempo no le faltaban penas y angustias. ¡Ah! no todos sus queridos parientes llevaban una vida verdaderamente cristiana y esto acibaraba sobremanera su felicidad. Sufría en el secreto de su corazón y cuando se sentía más afligida, entonces corría con la mayor confianza á los pies de María, su tierna Madre, ó del Divino Sacramento, á desahogar allí sus cuitas y á solicitar

de Dios con amorosas lágrimas, su divina gracia para aquellos á quienes ella tanto amaba.

Si rezaba, si comulgaba, si se mortificaba, todo, todo ofrecíalo á Jesús con este fin; no viendo sin embargo ningún indicio de ser escuchada, no por eso Laura desmayó en su fervor, antes bien lo aumentó más y más.

Su confianza en la protección de María y en la ternura del Divino Corazón, la animaban á insistir en su petición; y como no tuviese ya, casi diríamos, otra cosa más que ofrecer para alcanzar dicha gracia, decidióse á ofrecer su misma vida, y á aceptar gustosa la muerte, á trueque de alcanzar tan suspirada conversión.

Pidió, pues, permiso á su Director rogándole de antemano que no le pusiera obstáculo, antes bien le hiciera la caridad de bendecir su ardiente deseo.

El Padre titubeó al principio, mas al fin, en virtud de las repetidas instancias, consintió en ello, y dióle el permiso que solicitaba, pues veía patente en ese acto heroico, la acción de la gracia.

La pequeña Laura no esperó más. Corrió luego á arrojarse á los pies de Jesús, y

bañada en lágrimas de gozo, y con la esperanza de ser atendida por Dios, se ofreció en holocausto á Jesús y á su querida Madre María.

¡Grande y sublime sacrificio! Dios mismo parece que en su amorosa bondad, dignóse darle á entender que le había sido acepto, porque la salud de Laura, á la sazón más robusta que nunca, empezó á los pocos días de su ofrecimiento, á resentirse, y acentuándose las incomodidades, muy pronto hubo necesidad de dispensarla de varias ocupaciones, y obligarla á tomar algo más de alimento y descanso.

No obstante estas precauciones y el esmerado cuidado que se le prodigaba, el mal iba progresando como si nada se hiciera para combatirlo.

Una terrible consunción, acompañada de muchos otros dolores rebeldes á todo remedio, lenta pero progresivamente la iban ultimando; mientras que ella, vencida de haber sido escuchada por Dios, sufría con la más edificante paciencia.

Resignada y contenta observaba las prescripciones del médico que le administraba los remedios; aunque de vez en cuando

decíale sonriendo: «En balde, Doctor, gasta Ud. sus remedios para sanarme. Me parece que ésta es mi última enfermedad; yo no sanaré más».

Aun estando tan quebrantada su salud, pudo quedar en el colegio todo el año 1902, y gran parte de 1903. Pero en los últimos meses su gran debilidad ya no le permitía la menor ocupación manual.

No guardaba cama, pero apenas podía andar; por cuyo motivo, y con la esperanza que los aires del campo la aliviaran, su madre pensó llevarla á pasar una temporada en su casa.

Laura no se opuso á ello; mas su corazón sintió grandemente por esa disposición.

¡Tener que dejar el colegio, donde había experimentado y gustado tantas veces las ternuras de Jesús y de María! ¡No poder recibir más diariamente en su corazón á Jesús Sacramentado, para recobrar cada día fuerzas, valor y generosidad para llevar la cruz de sus padecimientos; no poder acabar sus días en la casa de su tierna Madre, María Auxiliadora, dicha que ella anhelaba tanto, todo esto la hacía decir que sentía más la salida del colegio que

todos los dolores juntos! Pero luego añadía: «Si Jesús quiere también esto de mí, cúmplase su amorosa voluntad».

El día 15 de Septiembre, Laura despedíase de sus maestras, agradeciéndoles con las más efusivas gracias, todo lo que habían hecho y sufrido por ella, pidiéndoles que continuaran dispensándole la caridad de tenerla presente en sus oraciones.

«Yo, díjoles, ya que no puedo hacer otra cosa, rezaré, sí, rezaré mucho por Uds. y pediré al Señor que les pague por mí los servicios que les debo».

Luego despidióse de sus compañeras, encomendándoles encarecidamente se acordaran de ella en sus oraciones, para que aun en el campo, lejos del colegio, pudiera continuar sirviendo y amando á Jesús y á María.

Por último, pidió humildemente perdón á sus superiores de los disgustos que les había dado con su mal comportamiento; y conmovida dejaba para no volver más á vivir en él, su querido colegio.

Laura permaneció en la casa materna todo el mes de Octubre, sin dar muestras de ninguna mejoría.

Viendo la señora Pino, que nada aprovechaban á Laura los aires del campo y siendo difícil proveerse de remedios, juzgó más conveniente pasar á vivir en el pueblo, para tener mayor comodidad en la asistencia médica de su querida hija. Esta se alegró de la decisión de su mamá, no ya por el alivio que podía experimentar, sino porque así habría tenido más facilidad para recibir los santos Sacramentos. Los primeros días de Noviembre, se trasladaron, pues, á Junín.

Muy grande fué el contento de Laura cuando se vió nuevamente tan cerca de la Capilla y de su colegio. Lo primero que hizo, fué visitar á Jesús Sacramentado y á su amorosa Madre María, y luego á sus superiores y condiscípulas.

Aproximábase el mes de las flores, y previendo que para ella habría sido el último, dispúsose á celebrarlo con todo el fervor posible, para prepararse á la sombra de la protección de María á consumir el sacrificio.

Siempre había sido hacendosa en obsequiar á la Ss. Virgen, ferviente en amarla y en hacerla amar, pero nunca lo fué tanto como en este último mes.

Aun hoy sus compañeras recuerdan su fervorosa conducta. Aunque ya muy enferma, procuraba comulgar con frecuencia; visitaba al Ss. Sacramento y tomaba parte, casi todas las tardes, á las funciones religiosas.

Iba á menudo al colegio y entreteníase con las niñas, exhortándolas á ser verdaderas devotas de María, y tiernas amantes de Jesús.

«¡Ah, qué dichosas seremos en el cielo, en compañía de Jesús y de María, si sabemos amarlos acá en la tierra! Procreemos ser buenos durante la vida; Jesús y María nos salvarán; pidámosles nos ayuden á salvarnos».

Convencida siempre más de que se acercaba á grandes pasos á la muerte, se entregó completamente á la oración y á la meditación.

«Ya que no puedo trabajar y estoy tan cercana á la muerte, justo es que ruegue mucho por mí y por todos á fin de que el Señor me dé á mí paciencia y buena voluntad para sufrir mis dolores, y conceda á los demás su santa gracia».

XV.

Sus últimos paseos por el pueblo.—Cae en cama.
Nuevos sacrificios.

Despuntaban los primeros albores del año 1904, y cada día se echaba de ver que la enfermedad iba consumiendo ya las últimas fuerzas vitales de la pequeña Laura.

Abrasada por el ardor de una continua fiebre, muy poco salía de casa, unicamente en las horas templadas del día, acompañada y sostenida por su madre, para respirar un poco de aire libre.

Por su andar fatigoso, por su rostro pálido y flaco daba compasión á cuantos la veían. No obstante, llevaba ella dibujada en sus labios una sonrisa tan afable, que denotaba su gran conformidad con la divina voluntad.

Mas el mal iba en aumento.

Ella misma dábase cuenta de que ya se aproximaba su última hora, y en esos breves ratos que salía de casa, se iba como despidiendo de cuanto la rodeaba. En efecto, el día 16 de Enero, tuvo que guardar cama, y fué para no levantarse más.

La noticia propagóse luego por el pueblo, y los vecinos comenzaron á visitarla en su lecho de muerte.

Por tantas demostraciones de cariño, Laura se enternecía, y con todos se mostraba sumamente agradecida; aprovechando al mismo tiempo cualquiera circunstancia para inculcar el amor á Dios, la devoción á María, el horror al pecado y la caridad fraterna. Eran éstos, como los últimos actos de su celo: eran las últimas pruebas que daba de fidelidad en cumplir con uno de sus propósitos hechos en la primera Comuni6n.

Un día rogó á la mamá llamara luego á su director espiritual para confesarse.

Al verle entrar, le dijo: «Padre, ya no me levantaré más. Espero que pronto iré á ver á Jesús y á mi querida Madre María. Por eso deseo confesarme para prepararme mejor á morir».

Confesóse, y al día siguiente, recibió la santa Comuni6n, en la que con todo el fervor de su alma, renovó sus propósitos y el sacrificio que había hecho de sí misma á Jesús. Sacrificio que veía ya próximo á ser consumado para siempre. Así confortada con la visita de Jesús

y llena de confianza en su divino Corazón, repetía con frecuencia:

«Vuestra voluntad, ¡oh Jesús!; sí, cúmplase en mi vuestra voluntad».

El día 19, además de los grandes dolores, que la atormentaban, le sobrevinieron unos vómitos tan frecuentes y violentos, que parecía que en cada uno de ellos iba á sucumbir.

—¡Ah, Padre, decía á su director que pasó casi todo el día á su lado, Padre, sufro mucho!

—Lo creo, hija mía, pero tenga Ud. valor; Jesús se lo recompensará todo.

Acuérdese de que es también grande la gracia que Ud. desea que El le haga. Acuda á María Auxiliadora, Ella la ayudará á sufrir con paciencia y amor.

«Sí, sufro contenta, y mi único deseo es contentar á Jesús y á María mi querida Madre. ¡Ojalá lo consiga!»

En los momentos que más la atormentaban sus dolores, se oían jaculatorias que arrancaban lágrimas á los circunstantes.

Por la tarde de ese mismo día, fué visitada por su directora y maestras del colegio. Mucho alegróse al verlas, pero pronto sintióse como despedazar el corazón.

Las Hermanas habían ido para visitarla, y además para despedirse, pues al día siguiente tenían que emprender un largo viaje.

La pobre Laura hubiera deseado morir entre los brazos de su segunda madre, como ella llamaba á la directora, mas Dios lo tenía dispuesto diversamente.

Otra prueba más la esperaba. También su director tenía que ausentarse.

«¡Dios mío! exclamó: ¿tendré, pues, que morir sin que ninguno de los que me pueden ayudar se encuentre cerca de mí?... ¡Ab, Jesús mío, cuán duro es!... ¡Pero, hágase tu voluntad!

—Esto es lo que debemos desear y pedir á Dios, continuó el Padre. Confíe Ud. en Jesús y María. Ellos la asisten. Además el Padre que queda en lugar mío, no dejará de hacerle compañía.

¿Está Ud. conforme así?

—Si así lo quiere Jesús, así lo quiero yo también. Y Ud., Padre, no deje de rezar por mí, para que pueda perseverar hasta mi último suspiro, y salve mi alma.

XVI.

Sus últimos consejos.—Recibe el Sto. Viático y la Extremaunción.—El triunfo de la Divina Gracia.—Impresión de su muerte.

Los dolores y los vómitos teníanla tan acabada, que á cada instante se temía por su existencia.

Aun así tan abatida y consumida, no dejaba de hacer á su prójimo todo el bien que podía.

Dos amigas suyas, que juntas habían ido á visitarla, se disgustaron en su presencia.

«Laura entristeciése mucho, dice una de ellas, á causa de nuestro disgusto; y después de habernos hecho reflexionar sobre la belleza de la caridad fraterna, la importancia de cumplir con ese precepto, encomendado con tanta instancia por Jesús, nos pidió y quiso que allí mismo nos perdonáramos, y nos prometiéramos amarnos de corazón en lo porvenir.

Así lo hicimos. Y ella añadió: «Es necesario que sepáis compadecer y perdonar la una á la otra sus defectos, y que os améis como buenas amigas».

El día antes de morir llamó junto á sí á su querida hermanita, y después de haberla convidado á tomar asiento cerca de su lecho, le daba sus últimos consejos.

«Hermanita mía, te ruego tengas mucha caridad y paciencia con mamá. Procura no darle jamás disgustos, y trátala con el mayor respeto.

Sé humilde y obediente con ella, y nunca la desampares en sus necesidades. Y si Dios te llamare á otro estado, no la olvides.

Así también, sé amable y caritativa con el prójimo; nunca desprecies á los pobres ni mires con indiferencia á nadie, y serás estimada por todos.

Querida Julia, no olvides estas palabras de tu hermana que está próxima á separarse de tí... En el cielo otra vez nos reuniremos».

No pudo proseguir, pues la emoción ahogó sus palabras, mientras su hermana escondiendo la cara entre las manos lloraba inconsolable.

Ese celo, esa presencia de espíritu y tranquilidad que Laura conservaba en medio de tantos y tan grandes dolores, llenaban de admiración á cuantos la visitaban.

Todosse retiraban de su lado tiernamente conmovidos, y santamente edificados.

Eran unánimes estas expresiones; «¡Pobre niña, cuánto sufres! ¡Tan buena y morir tan joven!».

Laura no temía la muerte: la deseaba con todo el ardor de su espíritu para unirse con su Jesús.

Una cosa la afligía, y era el temor de que los vómitos no le permitieran recibir los SS. Sacramentos.

Para alcanzar esta gracia, Laura y algunas personas que la asistían, acudieron á la intercesión de María Auxiliadora haciendo un triduo en su honor.

María Santísima escuchó las súplicas de sus devotas, y consoló á su amante hija.

En efecto, á las primeras horas del último día del triduo, los vómitos cesaron, y á las 5 A. M. del día 22 de Enero, recibía á su amado Jesús, para que le fuese compañero en el viaje de la eternidad.

Al entrar en su cuarto el Santísimo Sacramento, ella se incorporó, y con el rostro inflamado de amor, recibía por última vez en su corazón á aquel Jesús que tanto había amado durante su vida.

«Yo, dice, una persona piadosa, quise quedarme á su lado para ayudarla en la acción de gracias, pero bien pronto me convencí que no lo necesitaba.

¡Tan grande era su fervor, tan profundo y edificante su recogimiento!»!

Más tarde le fué administrado el Sacramento de la Extremaunción, que ella recibió acompañando y contestando á las oraciones del sacerdote.

Confortada ya por los Santos Sacramentos, pasó lo restante del día santamente recogida, haciendo frecuentes actos de conformidad y amor á Dios.

Todas los conocidos pasaron á verla como para darle su último adiós.

Y á una íntima amiga que sentía grandemente su próxima separación, la consolaba diciéndole: «Valor, Josefina, ama mucho á Jesús y á María y te encontrarás contenta en la hora de la muerte».

Ya había llegado al término de su carrera mortal.

Una sola cosa faltábale aún.

A eso de las 5 de la tarde, sintiéndose ya muy próxima á la muerte, mandó llamar al Padre y manifestóle lo que aun le quedaba por hacer.

Este, enternecido por lo que la niña acababa de revelar, llama á la madre, la cual sobresaltada, creyendo que su tierna hija ya iba á expirar, se precipita en el aposento exclamando: «¡Ah, hija mía!... hija mía... Así me dejas sola!...».

Laura sobreponiéndose á la impresión que experimentaba por el dolor de la madre, con voz entrecortada, llena de amor y ternura «Sí, mamá, contestó, yo voy á morir. Yo misma lo he pedido á Jesús... Van á ser casi dos años que le ofrecí á El mi vida por Ud. para alcanzar la gracia de que se convierta á Dios... ¡Ah, mamá! ¿y no tendré la dicha, antes de morir, de verla arrepentida?...»

Esta revelación, estas palabras abrasadas en la más sublime caridad filial, postraron á los pies del lecho de la moribunda á la madre, que traspasada de dolor y deshecha en lágrimas, exclamó: «¡Ah! ¿yo, pues, he sido la causa de tu largo padecer, y de tu muerte, hija mía? ¡Desdichada de mí! ¡Oh, mi querida Laura!

Desde ahora te juro que haré cuanto me pides.

¡Sí, estoy arrepentida, y Dios es testigo de mi promesa!...»

La Divina Gracia había triunfado.

Madre é hija se abrazaron por la última vez, llorando de arrepentimiento la una y del gozo más puro la otra.

El arrepentimiento y la promesa de la madre colmaron de tanta alegría el corazón de la moribunda, que parecía hubiera recobrado su vigor juvenil.

Llena de agradecimiento para con Jesús imprimió amoroso beso al Crucifijo, que tenía en sus manos. Estrechóle contra su corazón, mientras sus labios dejaron oír un suave é inflamado: «¡Gracias, oh Jesús!... ¡Gracias, oh María! Muero contenta».

Fueron sus últimas palabras.

El gozo celestial que inundaba su espíritu cortóle el habla; y pocos momentos después espiraba.

Eran las 6 de la tarde, y Laura no existía más.

Su alma había volado al seno de Dios, por quien sólo había vivido. Había pasado á la eternidad, á recibir el premio de sus grandes virtudes y de su heroico sacrificio.

Su rostro conservó la acostumbrada expresión de dulzura.

La noticia de su fallecimiento cundió con la rapidez del rayo, y los ve-

cinos se apresuraron á rodear su cadáver. De todos los labios no se oían sino palabras de alabanza en honor de la pequeña Laura; y muchos que ignoraban el sacrificio realizado en aras del más santo de los anhelos, al conocerlo sintieron sacudirse las fibras de su alma.

Hubo veneración para aquellos despojos.

La humilde violeta al ser cortada de su tallo perfuma el ambiente que la rodea y las manos que la tocan, de igual manera esta alma inocente y privilegiada al desprenderse del cuerpo, dejó percibir mejor el aroma de las virtudes que la adornaban.

XVII.

Favores que se le atribuyen.—Conclusión.

Van ya siete años que la virtuosa Laura pasó á la eternidad.

En tan largo tiempo, parece que debieran haber menguado en algo las impresiones que dejaba al morir. No es así. Su recuerdo parece que va como agigantándose más y más. Varias personas que supieron justipreciar la virtud de la niña y aun otras que no la cono-

cieron sino por referencias, al acudir á su intercesión, para alcanzar favores corporales ó espirituales, fueron oídas.

«Grandemente atormentada, dice una persona, por fuertes dolores de muela que no me habían dejado dormir por dos noches consecutivas, me encomendé á Laura Vicuña, y no bien lo hice, los dolores desaparecieron y no me molestaron más hasta hoy».

Otra, atacada de difteria, ya muy grave viendo ineficaces los remedios, recurrió con un triduo á la intercesión de Laura, y al segundo día del triduo sintióse bastante aliviada, y después quedó del todo sana.

Non menos importante es también la gracia que nos consta haber recibido otra persona muy conocida.

«De varios meses, dice, venía sufriendo una molestia física de malísima consecuencia espiritual. Hallándome en gran zozobra, lleno de confianza acudí á la intercesión de la niña Laura Vicuña, para que me alcanzara del Corazón de Jesús, ser sanado al momento de dicho sufrimiento, en vista de los estorbos espirituales que me acarreaba. No bien hube formulado mi petición, me

sentí aliviado y más tarde libre. Gracias á su bondad, ya va á ser un año que no sufro más ese mal».

También otra persona asegura haber, en varias ocasiones, invocado el patrocinio de esta virtuosa niña para conseguir unas gracias y favores espirituales, y experimentado inmediatamente su valimiento ante Dios, pues al punto notó una gran tranquilidad y quietud de espíritu.

Una condiscípula de Laura gozaba en repetir: «Nada me extraño que habiendo ella alcanzado de Dios la conversión de su madre pueda alcanzar también cualquiera otra gracia».

Aprovechemos, querido lector, los ejemplos de santidad que nos ha dejado esta niña.

Dios pone á nuestra disposición los mismos medios que ella tuvo para llegar á ser santa.

Y ya que la muerte es un reflejo fiel de la vida, vivamos por Dios y para Dios, y tendremos como Laura la dicha envidiable de morir con la sonrisa del justo en los labios y la paz en el corazón.





INDICE



1-1804

	PÁG.
A las Hijas de María Inmaculada	3
Protesta	5
I. Nacimiento é infancia.	7
II. Entra al colegio de María Auxiliadora.—Su carácter.—Su adelanto en general	9
III. Vuelve al colegio.—Hace la primera Comunión.—Su fervor y propósitos.	15
IV. Su aspiración á la vida religiosa.—Es aceptada en colegio por cinco años.—Nuevas resoluciones	24
V. Su trato y comportamiento con las compañeras	27
VI. De su piedad, amor á la divina palabra y de su edificante comportamiento en la Iglesia	31
VII. Sus mortificaciones	35
VIII. Su humildad y obediencia	43
IX. Su caridad para con el prójimo	50
X. Paciencia y fortaleza	56
XI. Su amor y celo hacia el Santísimo Sacramento	60

PÁG.

XII. Su amor al Sagrado Corazón de Jesús y á María Santísima	66
XIII. Su Espíritu de oración.—Recogimiento	70
XIV. Un voto más.—Se enferma.—Sale del colegio para su casa.—Pasa á vivir en el pueblo.—El último mes de María	74
XV. Sus últimos paseos por el pueblo.—Cae en cama.—Nuevos sacrificios	81
XVI. Sus últimos consejos.—Recibe el Sto. Viático y la Extremaunción.—El triunfo de la Divina Gracia.—Impresión de su muerte	85
XVII. Favores que se le atribuyen.—Conclusión	91



1-1804